

El Zambo no contestó; tomó su viejo sombrero, una capa, y salió cerrando tras sí la puerta.

Martin, con una actividad asombrosa, se desnudó, sacó de su caja un sencillo vestido de clérigo y un sombrero negro sin toquilla; guardó en la caja toda su ropa y la cerró con llave.

Entonces se acercó á la luz, tomó la cajita de Don Leonel, y sacó de adentro un libro manuscrito y primorosamente encuadernado.

Comenzó á hojearle; habia allí letras y escrituras diferentes; leyó un trozo, y luego otro, y al fin exclamó:

—Ciertamente que esta es una historia curiosa y que bien vale el trabajo de leerla: tengo tiempo de hacerlo antes de entregarla á su dueño, y así no me fastidiaré esperando al Zambo: veamos desde el principio.

Y encendiendo una bujía de cera, se acomodó en la cama del Zambo, procurando estar muy á su gusto, y comenzó la lectura de aquel libro, que decia así:

LA MARCA DEL FUEGO.

MEMORIAS DE DOÑA JUANA CARBAJAL.

ESPERANZA:

Para tí escribo, hija mia, estas Memorias, como las he oido de la boca misma de mi abuelo. En ellas verás la historia de nuestra familia y la tuya misma: aquí sabrás quién es tu padre, y cuando tú las leas, que será solo despues de mi muerte, olvida mis faltas y reza á Dios por mí.

Lee con atencion, hija mia, y que el Señor del cielo te bendiga y te haga feliz.

La gran ciudad de México, como la llamaron los españoles, habia caido en poder de Fernando Cortés, y el noble emperador Guatimotzin, ó Guatimoc, como ellos le decian, estaba prisionero.

El rey de España era dueño ya del rico imperio mexicano: era el año de 1521.

El conquistador trató al principio con toda clase de miramientos al prisionero monarca, y le hizo sentar siempre á su derecha, y apareció siempre en público prodigándole toda clase de miramientos.

Pero esto duró muy poco tiempo.

Los tesoros encontrados dentro de los muros de la ciudad vencida, no alcanzaron á saciar la codicia desenfrenada de la tropa, y comenzaron entonces las murmuraciones.

En vano se registraron hasta los sepulcros mismos, en vano se amenazó á todos los principales habitantes de la ciudad, para que descubriesen los ocultos tesoros de los reyes aztecas; nada pudo alcanzarse, y los soldados se irritaban mas y mas.

Llegó por fin un momento en que aquellas murmuraciones tomaron casi el carácter de una sublevacion, y comenzó á decirse públicamente que Cortés habia recibido de Guatimoc los tesoros; que él queria guardarlos para sí, *robando* al rey y á sus soldados.

Cortés, que no habia retrocedido nunca ante ningun peligro, se espantó de aquellas viles murmuraciones; y para dar una prueba de su inocencia, y animado por infames sugerencias, consintió en que se diera tormento al emperador quemándole á fuego lento, hasta obligarle á declarar adónde habia ocultado sus tesoros.

Tú sabes, hija mia, los pormenores de la ejecucion de esta bárbara sentencia; porque ni hay mexicano que las ignore, ni perderán los siglos venideros la memoria de aquella frase sublime del emperador, al escuchar la queja de su compañero de tormento:

«¿Estoy acaso en un lecho de flores?»

Cortés, avergonzado de su debilidad y arrepentido de una crueldad tan horrible, mandó suspender la ejecucion, convencido quizá de que para una alma como la del emperador, nada importaban los mayores tormentos del cuerpo.

El desgraciado monarca, casi incapaz de alivio, fué separado de la hoguera.

Entre los soldados que con mas entusiasmo habian pedido el suplicio, y entre los que con mas gozo habian asistido á él, se distinguia uno que se llamaba Santiago de Carbajal, hombre ya de alguna edad y que habia dejado en España á su mujer y á una hija suya de quince años. Carbajal comenzó por odiar al emperador Guatimotzin y por reir cuando le miró conducir á la hoguera; pero á medida que el fuego se encendia, que las llamas se levantaban lamiendo apenas los desnudos piés del monarca, suspendido á corta altura sobre la terrible hoguera; cuando vió que se ungian aquellos piés con grasa para hacer los dolores mas agudos y mas prolongados, y que sin embargo el rostro del mártir permanecia sereno y una sonrisa de supremo desden se dibujaba algunas veces sobre su boca; cuando escuchó aquellas sublimes palabras con que el emperador echaba en cara á su ministro su poco valor, entonces su odio se trocó en admiracion, su desprecio en respeto, y su gozo en remordimiento y en vergüenza.

Carbajal comprendió entonces lo que era un héroe, un mártir, un patriota.

Si la órden de suspender el tormento no hubiera llegado en aquel instante, Carbajal hubiera sido capaz de arrojarle sobre la hoguera para apagarla.

Tan profunda impresion habia recibido y tan grande era el cambio que habia tenido aquel corazon.

El rudo soldado, casi llorando, ayudó á quitar á Guatimoc del tormento y á trasportarle á su casa.

El emperador miró á aquel hombre, que siendo de sus mismos enemigos procuraba auxiliarle, y le tendió la mano.

Desde aquel dia Carbajal fué el protegido del emperador.

Habia llegado el año de 1522: muchas familias de los conquistadores estaban ya en México, y entre ellas la de Santiago de Carbajal.

Santiago habia hecho venir á su mujer y á su hija, porque merced á la generosidad del emperador Guatimoc, era ya uno de los mas ricos entre los soldados conquistadores.

La hija de Carbajal llamábase Isabel: era una jóven hermosísima, con una piel blanca, pelo negro y sedoso, unos ojos brillantes y atrevidos; esbelta y garbosa, su elevada estatura le daba toda la majestad que da nuestra imaginacion á las diosas de nuestros antepasados.

Isabel tenia un carácter apasionado y una inteligencia clara y casi privilegiada.

Vivia el emperador Guatimoc en la gran calle de Tacuba, en la esquina que forma una de sus cuadras con la calle del Factor, en el lado que mira al Oriente, y Carbajal vivia en la esquina que frente á la casa del emperador estaba.

Las mañanas y las tardes son en México tan bellas, que Isabel tenia siempre la costumbre de asomarse á su ventana todas las mañanas y todas las tardes, ya á regar sus tiestos de flores, ya á respirar el aire puro.

El monarca, incapaz de caminar, se pasaba tambien los dias cerca de sus ventanas, inmóvil en un sillón, recordando sin duda sus desgracias y mirando cruzar las nubes por el cielo.

El emperador era un hombre hermoso, y además, rodeado de esa atmósfera misteriosa y brillante del poder y de la desgracia, porque Guatimoc era un monarca para los mismos españoles, y la historia de su valor y de sus sufrimientos pasaba de boca en boca por la España misma.

La hija de Carbajal miró al emperador con curiosidad al principio, despues con interés, luego con cariño.

Tenia para ella otro mérito mas; era el protector de su familia.

Poco á poco, aquel cariño fué convirtiéndose en un amor vehemente, en una pasion terrible.

Isabel de Carbajal no podia separarse ya de sus balcones, desde donde se descubria la casa de Guatimotzin; pero aquel amor era para ella un imposible, á pesar de que con le perspicacia natural de toda mujer apasionada, habia advertido ya que los negros y lánguidos ojos del infortunado guerrero azteca se fijaban en ella con mucha frecuencia.

Pero era imposible toda comunicacion; él no podia moverse de su sitial, ella no podia penetrar en su habitacion.

Isabel preguntó un dia á su padre, que frecuentaba la casa de Guatimoc, si éste sabia ya hablar en español.

—Es un hombre tan hábil—contestó Carbajal—que le habla casi tan bien como tú y como yo, y eso que apenas hará un año que está prisionero.

—¿Y escribe?

—No; comienza á leer, pero muy pronto estará sumamente aventajado, porque es hombre muy hábil.

—¿Cómo tengo ganas de tratarle!—dijo Isabel.

—Fácil me será llevarte, pero no lo habia hecho, porque creí que no fuera de tu agrado.

—¿Cuándo me llevais?

—Esta tarde pediréle su licencia, y mañana irás.

—¿Cuánto os lo agradezco!

En la noche Carbajal avisó á Isabel que el monarca estaba ya prevenido y que al otro dia le seria presentada.

En aquella noche, Isabel no pudo dormir: el temor, la esperanza, el deseo, luchaban en su corazón.

Isabel estaba verdaderamente apasionada.

Llegó la hora, y ricamente ataviada, penetró la jóven, conducida por su padre, á la casa del último emperador de los aztecas.

* * *

En una espaciosa estancia, colgada de telas finísimas de algodón y de maravillosos tejidos de plumas, y en donde se ostentaban grandes sitaliales de caprichosas formas, cubiertos con pieles de animales salvajes, en una especie de trono fabricado de maderas preciosas y raras, incrustado de oro, de plata, de conchas, y colocado sobre la inmensa piel de un cíbolo negro, el emperador Guatimoc recibió la visita de Santiago de Carbajal y de su hija.

Guatimoc era jóven, su frente espaciosa revelaba su clara inteligencia. Sus ojos habian perdido la fiereza de su raza, y la melancolía del sufrimiento pasado les daba un aire dulce y bondadoso.

Guatimoc no habia perdido el traje de sus antepasados, solo que no llevaba la corona de los emperadores, sino un sencillo penacho de plumas sobre la cabeza.

Una sencilla túnica ancha y corta de algodón, blanca, y ceñida á la cintura por una gruesa cadena de oro, un manto de la misma tela, aunque recamado con brillantes dibujos de plumas de colores, y lucientes brazaletes y collar de oro, formaban todo el traje del monarca.

Sus cacles de piel de venado perfectamente adobados, se ataban al pié por anchas correas de venado tambien y bordadas de oro, que subian entretejiéndose hasta cerca de las rodillas, en donde se sujetaban á un gran anillo de oro liso y bruñido.

Algunos esclavos estaban de pié al lado del emperador,

y en el suelo sentadas algunas indias jóvenes y hermosas.

Isabel al mirar á aquellas mujeres, sin saber por qué sintió celos.

Al presentarse Santiago con su hija, el emperador hizo como un impulso para levantarse, pero sus piés estaban inútiles despues del tormento, y tuvo que permanecer inmóvil en su asiento.

—Señor—dijo Carbajal, inclinándose respetuosamente— os traigo á mi hija, á mi Isabel, que ha tenido deseos de ser presentada á vos: ella sabe que sois el protector de su familia, y os ama por eso y por vuestras desgracias.

—Acercaos, niña—dijo Guatimoczin con un acento dulce y sonoro, tendiendo su mano á Isabel, que la estrechó temblando:—acercaos, si no temeis que el infortunio que me persigue marchite las rosas de vuestras mejillas.

—Señor—contestó trémula Isabel—siempre es una dicha estar al lado de un hombre tan noble y tan desgraciado como vos.

Dos esclavas habian acercado un sitial para Isabel.

—Sentaos, niña, aunque quisiera ofreceros este lugar, que debiera ser el vuestro; pero ni aun eso me permite mi desgracia.

—Señor, la desgracia os quitó un trono, pero no pudo quitaros ni el amor y el respeto de los que os conocen, ni la grandeza de vuestra alma.

—Niña, no digais eso, que en vano caerá la lluvia sobre el árbol que ha muerto. Oí decir cuando llegaron aquí los españoles que eran hijos del sol, y no los creí nunca, porque nunca os habia visto á vos, que sois como las rosas de nuestros lagos, hija de la aurora y de las brisas.

Santiago conversaba con otras personas en el salon; los esclavos de ambos sexos se habian retirado por respeto, y

la jóven estaba casi sola con el emperador. Las miradas de ambos eran de fuego; se comprendían, pero era necesario que alguno de los dos se descubriese, y cada uno de ellos temía disgustar al otro.

—Niña—dijo el emperador—la luz que asoma sobre nuestro cielo á los primeros cantos de las aves, me parece menos apacible que el brillo de vuestros ojos; el color de las eternas nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl cuando los baña el último rayo del sol, no podrá igualar el suave rubor de vuestras mejillas: si yo fuera aún el emperador, los mexicanos tejerían sus alfombras de flores para vuestras plantas, y los aromas exquisitos de nuestros bosques perfumarían vuestra estancia, y las aves darían sus encendidas plumas para libraros de los ardores del sol; pero hoy, niña, nada valgo, nada puedo; como la yerba prisionera debajo del hielo, miro la luz sin sentir jamás su calor, y el frío de la noche me mata en la mitad del día.

Guatimoc inclinó su hermosa cabeza, y quedó profundamente pensativo.

—Príncipe—dijo Isabel acercándose—vos no conocéis el orgullo de las mujeres de nuestra raza: grande, poderoso, á la cabeza de un ejército y sobre el trono de un gran pueblo, quizá no hubiera escuchado vuestras palabras; pero triste, abandonado por la suerte, prisionero y destronado, sufriendo con la resignación y la altivez de los héroes vuestro infortunio, os elevais, señor, ante mis ojos, á una altura inmensa: las mujeres de mi raza, príncipe, son capaces de sacrificarse, pero no de venderse; y brilla más ante mis ojos vuestra corona de mártir, que la diadema de un monarca.

Isabel iba animándose gradualmente; sus miradas eran más ardientes, su pecho se agitaba con violencia: el emperador la escuchaba con arrobamiento y sin moverse, como

para no perder uno solo de los ecos de aquella voz dulcísima.

—Niña—le contestó—la primer gota de agua que sentí en mi boca después del tormento que me dieron los españoles, no ha sido para mí tan grata como tus palabras: rocío de ventura para mi corazón marchito son tus acentos. Niña, ¿serías capaz de amar al desgraciado? ¿buscarías sombra junto al encino derribado por los vientos? ¿cantarías tus amores, ave peregrina, sobre el derruido muro? ¿me darías tu corazón?

—Tuyo es, señor, hace mucho tiempo, tuyo es, que no me siento avergonzada de confesártelo: por mirarte, señor, paso los días en mi ventana, por oír tu voz he llegado hasta aquí: si es un delito este amor, ¿por qué no puedo arrojarle de mi pecho? Príncipe, si alguna mujer me culpa, que te resista si puede.

—Yo también, niña, te amaba; mis noches eran negras y largas porque no te veía; las aves me avisaban en mis ventanas que venía la luz, y con ella tú que eres mi vida; y los vientos me traían el aroma de tus flores como un consuelo, pero mi espíritu gemía sin esperanza; no podía seguir tu camino ni esperar que vinieses á mí: el arbusto mira pasar á la más bella de las mariposas, y no tiene una flor para llamarla, ni tiene alas para seguirla, y como yo, gime porque la tierra le aprisiona. ¡Oh niña! tristes días he pasado; y entonces, cuando te miraba, me parecían más crueles mis enemigos, por no haberme dejado morir en la hoguera.

—¡Pero ahora estarás alegre, príncipe mío!

—¿Se alegrarán los campos con el rocío? ¿se alegrarán las plantas con la primavera? ¿se alegrarán las aves, y las flores, y las fieras, y el mundo cuando huye la noche? ¿se alegrará, niña, mi corazón con tu amor?